

Miami, donde el tiempo se detuvo

Revelaciones de Luis Ortega

Autor: Luis Báez

Guía

- . **Advertencia**
- . **Observaciones**
- . **Dos Luises**
- . **Temprano enfrentamiento.**
- . **Nació mal.**
- . **Bomba de tiempo.**
- . **No, es tramposo.**
- . **Profetas de la violencia.**
- . **Los mismos tipos.**
- . **No lo dejan vivir tranquilo.**
- . **Falta de carácter.**
- . **Relaciones respetuosas.**
- . **Una nueva época.**
- . **Algo de bondad.**
- . **Abrazo generoso.**
- . **Así es la historia.**
- . **Polvo enamorado.**
- . **Posdata**

A René Rodríguez Cruz
Que hizo de la Fidel...idad el sentido de su vida

Agradecimientos

Quiero dejar constancia de mi gratitud a Rosa Miriam Elizarde, Rogelio Polanco, Aurelio Alonso, Pedro García, Mario Mainadé, Lázaro Mujica, Gustavo Robreño, Luis Báez Delgado, Max Lesnick y Reynaldo Taladrid por las sugerencias aportadas al mejoramiento de esta obra.

Advertencia

Hay entrevistas difíciles, sumamente difíciles e imposibles. Esta es un híbrido entre las dos últimas clasificaciones.

Entrevistar a alguien catedrático en estas lides, de temperamento irascible y sin pelos en la lengua, no sólo era un desafío, sino además un reto. Si se conoce que se fue de Cuba hace 40 años y, sin embargo, jamás ha pertenecido a ninguna de las organizaciones que pululan en Miami, se tendrá un atisbo de este personaje.

Luis Ortega Sierra es uno de los grandes periodistas que ha dado Cuba. Desde que se inició en este oficio no ha dejado de escribir. Es un hombre muy polémico. Expone sus opiniones por encima de todas las consideraciones.

Escritor, periodista, profesor tiene una amplia producción literaria dispersa en periódicos y revistas. Es uno de los más profundo y brillantes escritores cubanos.

Su espíritu crítico lo sitúa a considerable distancia de los que observan el proceso cubano con una tendencia demasiado simplista al sectarismo.

Si fuera necesario ubicar a Ortega en alguna generación literaria cubana tendríamos que inscribirlo, de algún modo a la que por los

años 40 marcó la tendencia a reaccionar contra el retoricismo y la frivolidad de las generaciones literarias anteriores.

Hasta la década de los 50 su sección "**Pasquín**" que se publicaba en el vespertino diario **Prensa Libre** era una de las más leídas del país. Poco tiempo después del golpe militar del 10 de marzo de 1952, dejó de redactarla. Permaneció exiliado hasta el triunfo revolucionario. Residió pocos meses en el país y se volvió a marchar. No volvió hasta 1994. Estuvo 35 años sin pisar la tierra que lo vio nacer.

Después siguió viniendo. Aproveché cada una de sus visitas para conversar de diferentes tópicos. No fue fácil. A veces, después de concertar cita previa, interpretaba que no tenía ganas de hablar: “ **No empieces a joder Luis**”, me decía. Otras, con cara de pocos amigos, se limitaba a darme como respuesta un artículo suyo sobre el tema en cuestión y me lo leía íntegro, como diciendo sin decir: “Pregunta otra cosa viejo que ya yo hablé de esto”.

No obstante, cuando se lo proponía, era una de las personas más tratables del mundo. Así es y así, llenos de estas sorpresas, fueron nuestros encuentros.

Sólo en una ocasión a lo largo de todos estos años de lo vi triste: cuando me habló de su esposa Olga, ya fallecida.

En uno de esos viajes mantuvo una larga y amplia charla con el presidente Fidel Castro, con quien tiene una vieja amistad. Recogí sus impresiones de ese encuentro.

En junio del 2000 cumplió sus 84 años en La Habana. Deleitó un **cake** exquisito, brindó con refresco y conversó hasta bien entrada la madrugada con amigos comunes. Se veía feliz.

Observaciones

En los últimos tiempos se ha puesto de moda utilizar el concepto “**excelencia**” para medir calidades, específicamente las de profesionalismo o maestría. Yo quiero comenzar estas líneas diciendo que el uso mismo del concepto me parece una superficialidad insoportable. Pero, quisiera añadir a la vez que dudo que exista una sola profesión, de las vinculadas con el pensamiento social, que sea más compleja que el periodismo político en lo que a medir calidades se refiere.

Personalmente, como lector, creo ser muy exigente con el periodismo político, hasta el punto que no podría excluir haber sido injusto alguna que otra vez en mis juicios. Pero, estoy seguro de no ser la excepción.

El periodista queda localizado siempre entre condicionamientos que hacen un conjunto muy difícil de balancear. No es este el lugar para teorizaciones, pero nos referimos al sector del quehacer intelectual donde las corrientes dominantes en el espectro social ejercen su mayor presión

Esta circunstancia eleva para el periodista el reto del compromiso individual con lo que se vive, lo que se ve y lo que se piensa y, al mismo tiempo, la disposición correspondiente de asumir costos cuando se hace necesario.

Más importante y controversial que la cuestión de la libertad de prensa es la de la responsabilidad para hacer buen uso de ella. Y lo que en el mundo se encuentra cada vez con menor frecuencia no es la prensa libre sino la prensa responsable. Debe ser también un efecto de la globalización neoliberal, que lleva a su máxima expresión la mercantilización de la producción espiritual de todo género. Sin embargo, si en algún sector de la mercantilización del intelecto la tradición es tan vieja, como el mito liberal mismo creo que es en el periodismo.

Si he comenzado por hablar de lo azaroso del oficio no es para que nos quedemos aquí. Quiero que me sirva más bien de preámbulo para reconocer el mérito de un periodismo de contra corriente. No digo de oposición porque hablar de oposición implica otro significado, legítimo en contextos puntuales.

Una cosa distinta de la oposición es reconocer que el buen periodismo no es, en contexto alguno, el que se somete a los

esquemas, las modas, los encasillamientos burocráticos, la complacencia y mucho menos a la tentación de vender. Estos y otros agentes externos a la producción constituyen condicionamientos que, en cualquier escenario, tienden a conformar corrientes.

He accedido gustoso a prologar este nuevo libro de Luis Báez porque lo considero un singular ejemplo del tipo de periodismo que quiero ponderar.

El autor nos ha motivado con no menos de cuatro títulos de reconocido atractivo, muestra de su señoreo de la profesión: ***Los que se fueron, Los que se quedaron, Secretos de generales, y Preguntas indiscretas***. Desde el punto de vista formal, la diferencia principal de este libro respecto de los que le preceden consiste en que no se trata de una colección de entrevistas, sino de una sola. O mejor sería decir de un diálogo, del testimonio – casi una historia de vida – del entrevistado, en este caso el periodista cubano emigrado Luis Ortega.

Uno de sus valores consiste, a mi juicio, en que Báez no trata de arribar a demostraciones prefiguradas. Se limita a formular su batería de preguntas, montadas en el trayecto mismo de la conversación, que facilitan al entrevistado expresarse sin presiones, decir lo que en

realidad siente y lo que piensa con plena libertad. El mérito de Báez radica, principalmente, en la lógica conductora de las preguntas. No intercala otro discurso, no confirma ni disiente. Hace gala de su habilidad para conducir al entrevistado, con economía de recursos visibles por parte del entrevistador, a la reconstrucción de una riquísima experiencia existencial.

A Luis Ortega, quien abandonó la Isla en 1959 cuando era ya un periodista consagrado, lo recordamos, sobre todo en Cuba – donde es evidente que la memoria reciente es ejercitada con más frecuencia que la remota –, por sus artículos lúcidos de los años 90 en el **Diario La Prensa**, en Nueva York, y reproducidos en la revista **Contrapunto**, editada en Miami, cuyas críticas trastean con argumentaciones irrefutables los sórdidos entretelones de la mafia cubana de la emigración, la cual ejerce un tenebroso poder sobre toda la comunidad de origen cubano en los Estados Unidos.

De la mano de Báez, Ortega recorre lo que vivió y lo que conoció en las últimas cuatro décadas. La intensidad con la que se vive y la profundidad con que se conoce no es la misma para todas las personas. Ortega nos llega a hacer compartir, incluso, algunas de sus experiencias y emociones más íntimas.

Esta figura del periodismo ha vivido de manera intensa y ha conocido mucho en estos 40 años. Además, sabe exponer con coherencia – domina el arte de llevar con claridad al lenguaje – lo vivido y lo conocido. Está exento, además, de pretensiones: rechaza reconocerse a sí mismo y no quiere que se le reconozca como converso, al cabo de estos 40 años, a las posiciones de la Revolución. El recuento de su historia se declara explícitamente libre de compromisos que no sean aquellos que mantiene con su propia conciencia.

La solución dialéctica que se produce entre la narración del viejo periodista, - quien se ha desempeñado durante todos estos años como un emigrado en los Estados Unidos -, que carga, tanto con sus alineamientos del pasado, como con sus frustraciones y relata sin parcialización (al menos sin otra que la de su verdad) la propia lectura de su actuar y de su decir en aquel mundo - y el que interroga, que por la generación a la que pertenece podría haber sido un hijo o discípulo -, ha dado lugar a un libro singular, atractivo y convincente. Pienso, por todo esto, que nos hallamos ante una muestra genuina de buen periodismo.

El testimonio de Ortega nos revela sin adornos todas las torceduras de la ideología del exilio, artificialmente forjada y alimentada para configurar una comunidad contestataria que, a la vuelta de los años, queda atrapada en una doble vida: por un lado, la que le bordan las instituciones - la compleja red que hacen entidades cubanoamericanas y las formaciones y organismos políticos del país - y, por el otro, la que marca sus intereses, ansiedades y necesidades vitales. La tragedia de una **“mayoría silenciosa”** a la cual sóloamente le es dado romper su silencio para pronunciarse en una dirección. Todo lo que se aleje de allí se traduce en costos tremendos para su inserción en la propia comunidad.

Ciertamente no es la de Ortega la primera aproximación a esta realidad de la cual tenemos noticias, pero dudo que existan al alcance del público muchos testimonios que recorran de manera tan integral esa obra inquietante de ingeniería política e ideológica que constituye el Miami de hoy; núcleo de la emigración en general y polo de la oposición radical – encuéntrese donde se encuentre – al proyecto social de la Revolución Cubana.

Siento que nos hallamos ante un libro necesario y revelador, un documento lleno de vitalidad, de aliento y de sensibilidad que el lector sabrá aquilatar y agradecer.

Aurelio Alonso

La Habana, septiembre de 2000

Envejece como una nuez, quien vive lejos de su patria

José Martí

Dos Luises

Luis Báez y Luis Ortega están unidos por algo más que por sus nombres. Los une una vocación: el periodismo. Cuando Báez me pidió que escribiera unas líneas, a manera de prólogo, para su libro sobre Ortega tuve mis dudas. No es fácil escribir sobre un maestro en la profesión que uno practica. Hay en ello algo de miedo escénico. Porque en la historia del periodismo cubano Luis Ortega ha sido el paradigma de quienes hemos aspirado a un espacio en el arte del bien decir.

Ortega es un escritor que en media cuartilla es capaz de expresar un pensamiento tan redondo y completo que logra pulverizar a un adversario, como si su máquina de escribir fuera un fatal atomizador.

Es un periodista no muy común en estos tiempos cibernéticos. No utiliza grabadora ni computadora, sigue, como hace 50 años, tecleando una vieja Remington.

En sus tiempos de Jefe de Redacción de **Prensa Libre** - en las décadas de los 40 y de los 50 - era quién diseñaba la primera plana del periódico más "**caliente**" de La Habana con sus espectaculares titulares en azul, con letras de 120 puntos. También era quien ordenaba y revisaba todas las entrevistas y reportajes del periódico. Y como si fuera poco, escribía una sección en la última plana del diario, en la parte inferior derecha, enmarcada en un recuadro. En esa pequeña columna, de menos de media cuartilla, hacía más estragos que una bomba de 50 megatones. La nota la firmaba "**Sol**"; es decir, sus iniciales al revés. Era el "**Pasquín**" de Luis Ortega Sierra. Sin dudas, la sección periodística más aguda y leída de la prensa cubana de todos los tiempos.

Luis Ortega, a pesar de sus años y de sus viejos hábitos, es un hombre muy moderno. Está al día en los acontecimientos de actualidad como si todavía fuera el jefe de Redacción de un diario. Sus opiniones de hoy son tan controvertibles como lo fueron sus opiniones de ayer. Pero no es de los que se aferra a una idea por empecinamiento u orgullo personal. Su vida es dialéctica. Cuando los tiempos indican que es necesario cambiar. El cambio no es un pecado. Quizás por eso tanta gente no lo comprenda y encuentre contradicciones en su larga vida de ejercicio profesional.

Luis Ortega ha conocido a casi todas las figuras que se han destacado en la vida pública cubana desde el inicio de la década de

los 30. De gobierno y de oposición. A unos más que a otros. Pero, siempre los ha visto sin la pasión - de amor o de odio - que inspira la política. Pues él nunca ha estado envuelto en partidos ni en ideologías. De lo que ha estado bien seguro es de ser cubano. Y por sentirse muy cubano es que siempre ha estado frente a quienes han mirado a Washington como brújula de los destinos de la Isla.

Eso explica su conducta y posición vertical en contra de los que desde "**la derecha de Miami**" han pretendido retomar el camino del pasado para que Cuba vuelva a ser la sardinita obediente del tiburón del norte.

Ortega no ha sido nunca un radical. Sin embargo, asistió y contribuyó mucho como periodista a que dos hombres de la vida pública cubana - calificados de radicales - ganaran espacio en la prensa de su época. Uno fue Eduardo Chibás, quien primero como líder del Partido Auténtico y después como senador y aspirante presidencial ortodoxo, contó con un Ortega siempre dispuesto a cederle un titular de primera plana para sus denuncias contra la corrupción política de la época. El otro fue Fidel Castro.

Algo vio Luis Ortega en aquel joven rubianco, alto y delgado, todavía con cierto acento oriental. Algo sin precedente: cuando el novato estudiante de la Universidad de La Habana llegó a la redacción de **Prensa Libre**, acompañado por el "Chino" Esquivel, para denunciar el aumento en el precio del pasaje en los ómnibus de la capital, le concedió un buen espacio para sus declaraciones. Eso fue en 1945. Era la primera vez que el nombre de Fidel Castro aparecía en forma destacada en un periódico de La Habana. La historia no terminó ahí.

Muy lejos estaba el periodista de saber en ese momento que unos cuantos años más tarde, un día memorable, el 26 de Julio de 1953, cuando aquel joven - ya abogado - atacaba con un grupo de revolucionarios el Cuartel Moncada de Santiago de Cuba, los esbirros de la dictadura de Batista asaltarían la redacción del periódico **Pueblo** empujando escalera abajo a su director Luis Ortega. Después de la golpiza, el exilio en Miami.

No sería el último. Al triunfo revolucionario de 1959 Ortega regresó a Cuba, pero no por mucho tiempo. Tenía también enemigos en el nuevo Gobierno: los mediocres que envidiaban su talento intelectual, su inteligencia y sagacidad. Carlos Franqui, un excomunista resentido - los comunistas buenos son aquellos que lo siguen siendo -, le enfiló los cañones desde la dirección del periódico **Revolución**. Ortega tuvo que irse de Cuba y regresar a Miami.

Franqui vive en Puerto Rico y ahora habla mal de Fidel y bien de los americanos que le pagan sus servicios.

Luis Ortega conoció desde el principio el paisaje y los personajes del exilio cubano del sur de La Florida. Pudiéramos decir que de esa historia de más de 40 años es de lo que trata este libro sobre Luis Ortega escrito por el otro Luis.

A Luis Báez lo conocí siendo todavía muy joven. Yo también lo era. Como presidente de la Juventud del Partido del Pueblo Cubano tenía relaciones con casi todos los periodistas de La Habana, principalmente con los mas jóvenes por razones generacionales. Uno de ellos era Luis Báez, recién graduado de la Escuela de Periodismo quien trabajaba como reportero "novato" para el diario **Avance**, un

rotativo muy profesional ubicado en la calle Consulado donde también estaba la redacción del **Diario Nacional**, del cual era yo un columnista habitual.

Llegó el año 1959. Cuba estaba en revolución. Eran tiempos convulsos y La Habana estaba revuelta con barbudos por todas partes. Fidel era el centro de atención de la prensa nacional y extranjera, por lo que todos los periódicos de la capital decidieron asignar a un periodista de su redacción para que acompañara al líder de la Revolución a todas partes. Por toda Cuba y al extranjero.

Avance, el diario para el que trabajaba Luis Báez, también tenía que nombrar a un reportero para que informara de cuantos pasos diera Fidel. Me contaron que el director del periódico, Jorge Zayas, - vive en Miami y está contra la política de Estados Unidos hacia Cuba -, llamó a Báez a su despacho y le dijo: " Mira Luis, aunque tú no tienes mucha experiencia, me la voy a jugar contigo. Eres novato todavía pero sé de tu talento y ganas de triunfar. Te voy a escoger como el corresponsal del periódico al lado de Fidel. De ahora en adelante no te puedes separar ni una pulgada de él. A donde quiera que vaya, ahí tienes que estar. Si va al campo, allí tienes que ir. Si viaja al extranjero, tienes que acompañarlo también. En fin, Luis no te puedes separar de Fidel. Él es la noticia. Sigue mi consejo. Tú eres joven y estoy seguro que vas a triunfar".

Luis Báez cumplió con la orden del Director. Si en aquella ocasión siguió un consejo por profesión; durante más de 40 años - toda su vida- ha mantenido una actitud por convicción: todavía sigue al lado de Fidel.

En Cuba y a donde quiera que viaja Fidel, ahí está Luis Báez, el novato reportero de 1959, ahora veterano escritor, autor de varios libros fundamentales para entender la Cuba revolucionaria.

Con esta nueva obra Luis Báez añade un eslabón más a su larga cadena de triunfos como periodista y escritor.

Luis Ortega y Luis Báez: dos Luises en un tiro que le ganan a un **full** de ases.

Max Lesnick

Miami, septiembre de 2000